

EDITORIAL

La Inmaculada, raíz de un Pueblo Nuevo.



Cántico de María

Mi alma glorifica al Señor, mi Dios,

gózase mi espíritu en mi Salvador.

El es mi alegría, es mi plenitud.

El es todo para mí.

La plaga ecológica de la deforestación llegó a nuestro pueblo, taló hasta el Álamo-Blanco, allí, en las afueras del "Toledillo".

Parecía que nos arrancaban de raíz nuestra historia, al menos, la de nuestra infancia.

Porque el Álamo-Blanco era un hito en nuestros encuentros de pandilla. Allí solíamos citarnos para subir luego hasta el "Picachuelo", caminar hasta el "Puente Alto" o alejarnos hasta los "Pozos del agua". Allí solía plantarse, generalmente, la meta de las carreras en bici a la vuelta desde Villarta o Cinco Casas.

Ya de mayores nos enseñaron que la raíz de nuestro Pueblo se remontaba también hasta la "Inmaculada". Tanto que incluso en los días tristes de la "deforestación fratricida", en que hasta la Iglesia Parroquial se convirtió en el mercado del pueblo, la Inmaculada fue respetada y permaneció intacta en su retablo. Y ahí sigue recogiendo nuestras miradas y nuestros anhelos, las lágrimas y sollozos de los hombres y mujeres de Herencia que "suspiran" en este "Valle de Lágrimas".

Pero en el transfondo del cuadro se esconde y se respira a la vez una más larga y más completa historia del Pueblo de Dios.

Arranca, esa historia, de los tiempos de la "Nueva Creación". Y ésta comenzó con la "Explosión amorosa" de Jesús Resucitado.

Este es el punto álgido del proyecto restaurador de Dios, Creador y Señor del Universo y de la Historia en Cristo.

Y un proyecto final así, suponía una seria preparación inicial: comenzó con la Inmaculada Concepción de María la Virgen, "Orgullo de nuestra Raza, Alegría de nuestro Pueblo", madre de nuestro Señor Jesucristo.

Ella nos reúne a todas las "Pandillas", y preside y alienta nuestra peregrinación hacia la Tierra prometida.

José Díaz-Naranjo Glez-Ortega.